

PRÓLOGO

Querido lector: algo sobre el autor y su viaje musical.

Querido lector, tienes en tus manos una de las contadas 200 copias de esta primera edición de "The Blues Trail-La Ruta del Blues". Cuando inicié el viaje, no tenía la más mínima intención de escribir este panfleto-guía, pero al terminarlo me dije: tengo que contarlo. Es que si no... ¿de qué sirve una aventura si no lo cuentas? Pues eso.

Puedo decir que soy algo mayorcito, y es que ya tenía 12 años cuando escuché el "Twist and Shout" de The Beatles en un "toca-discos-maleta" a pilas. Fue en casa de un compañero de bachillerato que estudiaba inglés en lugar de francés como todos los demás. Estuvimos escuchando las dos caras de aquel vinilo pequeño de agujero grande y 45 rpm unas treinta veces, hasta que fuimos capaces de cantar -en un inglés de pena- las canciones que contenía. Por si no lo sabéis los más jóvenes, había que darle la vuelta al disco, volver a arrancar el aparato y colocar la aguja con delicadeza al inicio del surco. Una y otra vez. En mi casa escuchábamos "Radio Luxemburg" por las noches en una radio Telefunken del tamaño de un microondas actual, una radio que pillaba hasta Radio Moscú. Radio Luxembourg era una emisora pirata -se rumoreaba que

emitían desde un barco de pesca en medio del Mar del Norte– que nos iluminaba con las últimas creaciones inglesas y americanas, o sea, los cuarenta principales del planeta. Aquellas músicas transgresoras y bailables que nuestros padres no entendían cómo nos podían gustar, sin entenderlas, y con aquellos ritmos endiablados, nos elevaban al cielo. Las canturreábamos a todas horas y conseguir un disco era hallar las minas del rey Salomón, excepto para los que tenían la suerte de vivir cerca de la frontera francesa.



El autor, a la puerta del Blues Hall of Fame, en Memphis, Tennessee

En nuestro país reinaban la copla, el mambo italiano de Renato Carosone y la tele en B/N con Bonanza y las marionetas de Herta Frankel. Para algunos el gusanillo de la música nos había medio comido, y el mal ya estaba hecho. Algunos ya soñábamos con tocar como Paul o Ringo, o cantar como Mick Jagger. Nos preguntábamos

cómo serían esos países en los que los músicos eran tan distintos de los nuestros y los instrumentos emitían unos sonidos hasta entonces desconocidos. Y circulaban rumores sobre clubs, taverns, y otros antros en los que cada tarde tocaban bandas y te podías desmelenar.

Y claro, crecimos, y poco a poco nuestro país se fue poniendo al día. Empezaron a llegar LP's, e íbamos a Andorra o a Biarritz a comprarnos los "Rithm&Blues Formidables", y conocimos a Aretha Franklin, Percy Sledge y Otis Reading. También Peter Seeger, Joan Baez, Bob Dylan y los primeros reivindicadores se unían a nuestros Serrat o Labordeta, se versionaba a Brassens o Jacques Brel, que eran más fáciles de cantar, y nuestra alma musiquera y rebelde se consolidó. Y Elvis, y no sigo por no cansar.

Luego te llega la edad de trabajar y estudiar (por ese orden), haces la mili, te casas, tienes un par de críos y la música ocupa un segundo lugar, pero sigue ahí. Te empeñas en aprender a tocar un instrumento y lo intentas con la guitarra, ¡cómo no!, o el clarinete o el saxo. Pronto aparecen los primeros locales o "cavas" en los que el Jazz y el Blues reinan y el swing se te mete dentro del cuerpo.

Y pasan los años y sigues esperando el momento de poder conocer "in situ" todas esas músicas que te apasionan. Chicago, Nashville, Memphis, New Orleans, el Mississippi y otros lugares de leyenda que acogen los orígenes y la evolución de la música de nuestro tiempo y que han sido inspiración para la mayoría de los músicos que han llenado tu vida.

Así es que un buen día me dije: tengo que ir. Y me fui. A escuchar música y ver tocar a los músicos reales, los veteranos, los que sin llegar a tener un gran éxito siguen tocando día tras día en pequeños escenarios abiertos a un público fiel y parroquiano.

Aunque por mi trabajo he recorrido medio mundo, no es lo mismo. Quise esta vez hacer un viaje expresamente musical. Y mi experiencia de 23 días de lo que llamo la "Blues Trail" o Ruta del

Blues es lo que cuento en estas páginas. Este que veis aquí es el mapa del recorrido:



Volé a Chicago desde Madrid, me desplazé a Nashville y Memphis en los buses de Greyhound, en tren Amtrak desde Memphis a New Orleans, y de aquí vuelta en avión a Chicago y Madrid. He de decir que los trayectos “a ras de suelo” me permitieron ver el “landscape”, el paisaje real de la USA profunda, con su extraordinario verdor, las grandes llanuras –ni una sola montaña–, los pequeños pueblos ignorados, los inmensos pantanales, etc. Y charlar muchas horas con mis improvisados compañeros de viaje, tipos de toda raza –más bien negros– y condición –de humilde para abajo–, en un intercambio curioso de formas de ver el mundo.

Tenéis que ir, es una experiencia inolvidable.

Francisco Mora

1.- PARA UN VIAJE ASÍ...TE SOBRAN LOS MOTIVOS

Claro que hace falta tiempo y un dinerillo, pero ambas cosas se pueden conseguir poniendo ganas y con algún que otro cambio en las prioridades. O haciendo el viaje por etapas. Porque os aseguro que vale la pena y mucho. Como soy de ciencias y lo cuantifico casi todo, afirmo que en 22 noches seguidas de 7 p.m. a 2 a.m. me he visto 75 actuaciones en directo, en bares y clubs. Estos últimos son simplemente bares más grandes y suelen incorporar un restaurante, es decir, que puedes estar comiéndote unos "Aligator Bites" -bocaditos de cocodrilo- con ensalada o patatas fritas mientras escuchas al grupo o "big band" de turno. Y charlar con colegas de mesa o barra o bailotear si es lo tuyo, todo casi a la vez. Como eres de fuera, los parroquianos suelen interesarse por tu presencia, lo que te da ocasión para enrollarte y enterarte de dónde ir al día siguiente, o al salir del bar en el que estás con tu cervecita local "fresh brewed", buenísimas.